Esta noche no puedo amor mío porque bailo en el Copacabana

Jesús Alberto Sepúlveda Grimaldo

Esta noche no puedo amor mío porque bailo en el Copacabana

Jesús Alberto Sepúlveda Grimaldo

avant
editorial

Primera edición, agosto de 2026
© Jesús Alberto Sepúlveda Grimaldo, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 9791388206900
THEMA: FBA — FIC — FPLN
— FRD — FLH
DEPOSITO LEGAL: M-17093-2026

A Alicia Wayra Sepúlveda Ramírez,
mi chica corazón.

Las mujeres deben asesinarnos
a menos que las poseamos
totalmente.

Norman Mailer

ADVERTENCIA OBLIGATORIA

Los acontecimientos que se narran a continuación son hechos reales que nos descubren la vida y las andanzas angustiosas de Speedy González, María Goretty y un puñado de putas angustiadas sin destino cierto. La Dueña de la Casa, El Jugador de Naipes, la Abuela Trastornada y los demás personajes se resistieron algunas veces a pasearse en la historia.
Cualquier parecido con la realidad es absolutamente cierto.

Aunque en muchas ocasiones no recuerdo cuál es ni nombre ni mi verdadera edad ni tampoco sea del todo fiel cuando le narro lo sucedido, sí he llegado a sospechar que aquellas travesuras que alguna vez calificaron como delitos, no han sido lo suficientemente graves como para haber merecido algunos períodos en prisión; o que las perturbaciones, esas que ustedes suelen llamar trastornos mentales, sean alteraciones clínicas tan peligrosas como para que usted pretenda ahora enviarme de huésped al manicomio. De lo que sí estoy seguro, aunque no precise hoy la fecha con exactitud , es que andaba apenas por los doce años cuando me encerraron por primera vez en el reformatorio.

Recuerdo que llegaron a casa con una orden del Juzgado de Menores y recién empezaba a clarear el día, pues coincidió con la salida de los vecinos para sus trabajos y los muchachos que se alistaban para la escuela. Esos mismos muchachos de mi barrio, que aún somnolientos arrastraban sus morrales y sus loncheras destino a clases: el gordo Cecilio forrado en su uniforme, al que solía instalarle diminutas tachuelas en el asiento de su pupitre para que se las clavara en su voluminoso trasero; el negro Isaac, víctima permanente de mis saqueos a sus comestibles del recreo; Margartia, la del pelo rubio y los ojos color de mar a la que acostumbraba esconderle sus cuadernos y sus lápices de colores, solo por divertirme con cada una de sus rabietas y

sus lloriqueos; y Esquéletor, el flacuchento, con el que teníamos pelea casada desde las vacaciones del año pasado. Golpearon a la puerta como si quisieran derribarla y escasamente me dieron el tiempo necesario para ponerme la camisa a cuadros con un ancla en el bolsillo, que papá me había regalado en el último cumpleaños, y meterme a toda prisa en los calzones que tenía abandonados en una esquina de la cama desde la noche anterior; y por más que mamá suplicó y lloró de rodillas a los uniformados, me sacaron a la vista de los madrugadores que empezaban a amontonarse curioseando, casi alegres, a la hora de mi captura. Desde entonces, mi vida, un vagabundeo sin tregua entre penitenciarias, bares de mala suerte, hoteles de tercera, pensiones de inquilinato y una incontable sucesión de huecos inmundos en los que, finalmente, he llegado a acostumbrarme a fuerza de tantos desmanes.

Se estacionaron en un camión con carrocería cerrada, parecido a esos que transportan dinero para los bancos; les enseñaron a los viejos aquel papel con los sellos y las firmas del juzgado y, sin tomarse muchas molestias, me cargaron sin importarles otra vez los lloriqueos de mamá. Los muchachos de la cuadra que observaban el acontecimiento parecían más asustados que yo y mascullaban entre dientes mi nombre, es decir, mi sobrenombre, porque, a pesar de que mi madre me había bautizado como a cualquier mortal, por esos días ya lo había perdido casi por completo y

me llamaban entonces Speedy González, quizá por el nerviosismo y la picardía de mis movimientos de entonces, así como el ratoncito mexicano de los comics animados que veíamos en la televisión. Me recibieron en la correccional un cura entrado en años, que después me volvería a encontrar en algún colegio donde estuve semi-interno; una trabajadora social cegatona, con unos anteojos de culo de botella; un policía vestido de civil, que dirigía el reformatorio, y un puñado de muchachos de edades parecidas a la mía, en un amplio patio pavimentado a la hora misma de la formación; y aunque era, insisto, la primera vez que me encerraban, juro que no me arredré y hasta podría asegurar que, al principio, me sentí como Pedro por su casa. Era casi como un extraño aviso de que visitaría muchos de esos lugares a lo largo de mi vida.

No sentí miedo, lo juro, pero lo que sí descubrí, otra vez, fue el augurio definitivo de esos malditos sueños con insectos, premoniciones inequívocas de malos días y malas cosas por venir. Mal agüero esa pesadilla con bichos a las dos o tres de la madrugada del mismo día de mi detención. Ahora lo recuerdo bien: ese huevo blanco, esponjoso y lleno de estrías inmundas como un globo a medio inflar, que, de pronto, está flotando en el aire oscuro de mi noche, girando para dejarme ver su boca gelatinosa que vomita una larva de pelusas repulsivas, oruga fosforescente, epidermis desnuda de gusano arcoíris que ilumina de verdes, azules irritantes

y amarillos intensos la densa neblina de mi sueño; de pronto, oscilando, creciendo, huyendo lento y ciego y devorando la noche para descubrir y penetrar su refugio de sedas, cápsula translúcida, crisálida arrugada, horrorosamente blanda ante mis ojos lagrimosos que presienten y temen el asalto de la mariposa prisionera en su capullo de hilos de agua. Luego el letargo del insecto como un desafío a la pesadilla que me impide despertar del todo cuando rasga su cárcel, libera los alfileres insolentes de las patas, su cuerpo hermoso y frágil de asesina alada que crece y crece desemperezando el terciopelo colorido de las alas para volar hacia mí, sobre mí, creciendo, creciendo para arroparme y asfixiarme todo en la altura insoportable de mi desamparo, a salvo apenas en el instante exacto del crimen de sus ahora alerones con ojos ciegos que me invaden, mariposa asesina, cuando despierto al inicio de la madrugada, dos o tres, no recuerdo la hora exacta en el reloj.

Mal agüero esa pesadilla con insectos.

Pero regresemos a lo del reformatorio. La temporada inaugural en aquel encierro para jóvenes difíciles, si es que a ese corto tiempo se le puede llamar temporada, duró catorce días. Dos semanas de condena por una caja de acuarelas que había robado en un almacén de autoservicio, que más que un escarnio me

sirvió para descansar un poco de las eternas reprimendas de papá, de las quejas reiteradas del vecindario y de los inacabables rosarios de la vieja en las noches, encomendándome con sus peroratas aprendidas de memoria a toda esa legión de santos que alumbraba con veladoras en un altar dispuesto para esos menesteres en un rincón de su cuarto de costuras. Aproveché también para hacerme a nuevas amistades, la de esos muchachos que, como yo, tomaban el encierro, más que como un castigo, como unas cortas vacaciones.

Y así las cosas, mientras cazaba uno que otro insecto en los prados de la correccional, el día que me largaron otra vez a la calle, me obligaron a firmar un compromiso solidario con los viejos y la mujer de lentes gruesos que me despidió haciéndome jurar que jamás volvería por aquel lugar; y de nuevo en el barrio y de regreso a mis estudios, como los sucesos recientes eran ahora de público conocimiento, las directivas de la escuela, en complicidad con el cura rector, se negaron a recibirme en las clases y, una vez expulsado, no me quedó más remedio que refugiarme en casa de las habladurías y los señalamientos de la vecindad.

En esa otra especie de prisión, me dediqué entonces a pintar paisajes oscuros y figuras deformes en cuanto pedazo de papel encontraba a mano y continué, además, con la colección de bichos para el insectario que había empezado a armar en la clase de ciencias naturales, pasatiempos que llenaban con paciencia mis

horas de ocio. Así, día a día rayaba cartulinas con mis dibujos o me entregaba con esmero a la captura de cucarachas, moscas, zancudos, garrapatas y cucarrones. Los cazaba en cualquier rincón de la casa, en los matorrales cercanos a la cancha de fútbol a donde me escapaba, cuidándome siempre de atraparlos vivos y sin causarles daño alguno; los encerraba con delicadeza en el interior de un frasco oscuro, que algún día estuvo repleto de mermelada, y me complacía horas enteras observando su desespero, contemplando excitado su agonía, mientras chocaban contra las paredes circulares de vidrio, y cuando descubría su agotamiento y su derrota, los sacaba aturdidos e indefensos para clavarlos en el blanco icopor del insectario, atravesándoles diminutos alfileres con cabezas de colores, extasiándome en su sufrimiento, abriéndoles o cerrándoles sus alas minúsculas, acariciando sus pelusas y adivinando sus palpitaciones breves, hasta que se apagaban definitivamente sobre sus propias manchas. Su muerte entonces me provocaba una extraña satisfacción mezclada con algo de tristeza que no alcanzaba a despertarme remordimiento alguno; disfrutando después de la tortura, el despedazamiento de los bichos en ese reguero de tórax fracturados, alas fraccionadas, patas y antenas desarticuladas, vientres reventados, agujereados, destripados sin piedad.

Por aquellos días fue que sucedió lo de Carmelo, el gato angora de los viejos, que lo habían bautizado así,

desde la noche que llegó vagabundeando entre tejados hasta el patio de la casa, por su pelambre sucia y color carmelita. Fue más como una forma de venganza, de celos por el cariño que se había agrandado en ellos por el animal durante mis dos semanas de encierro en el reformatorio. Mamá no se cansaba de repetir que aquel pequeño felino había llenado con sus carantoñas perezosas los días de mi ausencia, y aunque él no era del todo santo de mi devoción, algún efecto innombrable me producía cuando me seguía hasta mi habitación enredándose entre mis pies para que le diera su ración de leche tibia, pues estaba comprobado que para capturar ratones era un perfecto inútil. Otras veces me evitaba y se deslizaba silencioso hasta algún rincón de la casa, donde parecía descansar rascándose contra las paredes, encorvándose y mirándome en una especie de actitud intimidadora.

Y sucedió un domingo cuando los viejos salieron para el supermercado. Lo engañé sin mayores esfuerzos atrayéndolo con algunos trozos de bizcocho, marcándole el camino hacia la cocina; le acaricié con ternura su pelambre marrón mientras echaba sus orejas para atrás, y cuando lo tuve ya absolutamente bajo mi dominio, sin pensarlo dos veces lo deposité, entre mimos, en el congelador de la nevera. El animal se quedó quieto un instante como acostumbrándose al frío que empezaba a invadir con temblores su pequeño cuerpo; soltó entonces un bufido ahogado, un gruñido apenas

perceptible, mirándome desde sus ojos brillantes y lagrimosos. Me acerqué a él, recorriendo con mis manos desde su cabeza hasta el nacimiento de la cola; le alineé las guías de sus bigotes desconfiados, advirtiendo feliz cómo la escarcha empezaba a cubrir su pelo, ahora helado y palpitante; le entrecerré amorosamente la mirada y clausuré entonces primero la compuerta del congelador y luego la puerta grande de la nevera con mucha paciencia, como en cámara lenta, disfrutándolo plenamente. Me instalé después en una de las butacas de la cocina, fijando, sin parpadear, la mirada en el refrigerador y escuchando satisfecho los maullidos lastimeros del animal y los rasguños desesperados contra las paredes heladas, desvaneciéndose poco a poco en una agonía prolongada que parecía no tener fin; adivinando sus contorsiones de combate inútil con las paredes frías; sintiendo el sube y baja de su estridor en derrota que empezaba a convertirse en un precario arrullo dolorido; y mientras recordaba el cuento aquel de que los gatos tienen siete vidas, los choques del animal sonaban a intervalos cada vez más prolongados, hasta que de pronto se silenciaron del todo. Respiré entonces aliviado y regresé al icopor del insectario para cambiar de lugar los bichos disecados, acomodándolos como si armara un rompecabezas, hasta que me volvió a la realidad el ruido de los viejos que regresaban del supermercado.

Hasta los gatos se buscan su propia muerte.

***

El Copacabana inició sus veladas nocturnas un viernes de vientos cálidos en agosto del sesenta y tantos.

El burdel estaba ubicado en la mitad de la cuadra, entre un par de hoteles de mala vida que permanecían con sus puertas abiertas las veinticuatro horas del día. Su arquitectura antigua, que no era muy diferente de los demás caserones del sector, llamaba la atención por el aviso de neón parpadeante que ocupaba la parte alta de su pared exterior sin ventanas. Para penetrar en él, era menester tocar el portón de la entrada e identificarse apenas con una sonrisa sin palabras, a manera de santo y seña, y empujar luego una cortina de flecos que abría el camino a un estrecho corredor sospechosamente iluminado, que se dejaba atrás luego de algunos pasos que conducían al salón principal, cómodamente amoblado por doce poltronas floreadas en gamuza con sus respectivas mesas redondas, sostenidas en una pata tubular que daban la apariencia de estar sembradas en el piso, todas ellas, uniformes, tocadas con manteles y ocupadas con portavasos, ceniceros y un florero flaco en el centro, con una flor de plástico que arrojaba una luz mortecina que escasamente dejaba ver los rostros de los clientes que las ocupaban.

En uno de los rincones del caserón, una barra, a manera de medialuna, recubierta con imitaciones de

mármol y media docena de butacas solitarias de patas altas alineadas de extremo a extremo, formando una especie de encierro que aislaba al *barman* entre una multitud de botellas que generosamente ocupaban la estantería de cristales; un congelador de dos tapas y una caja registradora de manivela. Pegado a la barra, un traganíquel surtido con acetatos de cuarenta y cinco revoluciones, que dejaba escuchar sin tregua de seis de la tarde a dos de la madrugada toda la música del mundo. Otro corredor luego, no más largo que el de la entrada, pero igual de angosto y oscurecido, comunicaba el salón principal con la pista de baile ajedrezada, abierta en sus esquinas por arcos afiligranados y coronada en el cielo raso por una bola de espejos fragmentados repartiendo luces en su rotación inacabable.

Otra cortina, haciendo las veces de puerta, y otro corredor estrecho, como copiado de los anteriores, para llegar a un patio adoquinado sin techos; una maceta en cada esquina sembrada con helechos, araucarias y sombras de mar y cuatro mesas rodeadas en un desorden de sillas de tijera. Un baño en un extremo, para las mujeres, dotado de lavamanos, un bidé y excusado de cadena para los hombres y un par de orinales en el otro extremo, enchapados en baldosines amarillentos a los que nunca les faltaba el agua. Remataba la casa el sector de las habitaciones: cinco en total, separadas con paredes hechizas en madera prensada, sin más mobiliario que una cama doble vestida con sabanas y almohada,

una mesa de luz, un taburete de cueros y una palangana esmaltada rebosante del agua que las mujeres traían previamente de los baños y un rollo de papel higiénico colgado de algún puntillón en una de las paredes. Cinco cuartos estrechos, deliciosamente iluminados por bombillas opacas, que cada noche servían de grato refugio a las parejas de amantes.

El lugar estaba manejado por La Dueña de la Casa. Una vieja entrada en años y en carnes, de senos monumentales, vistiendo siempre ropas vaporosas como queriendo disimular sus ciento y tantos kilos de grasienta obesidad. Un rostro, como una máscara demasiado pequeña para su voluminoso cuerpo; ojos negrísimos y profundos, igual que dos charcos de tinta china; nariz enrojecida y gorda de bebedora de aguardientes, y una sonrisa pintada con labiales encarnados, dejando ver una hilera de dientes parejos manchados de nicotina. Una cara antigua coronada por un puñado de mechones lisos y teñidos, que, a pesar de su notoria calvicie, aún conserva en su conjunto los despojos inconfundibles de la belleza de otros años. Sus gestos, sus movimientos, lentos y calculados, apoyados en un bordón que es como una prolongación de sus manos regordetas, repletas de anillos estrangulándole los dedos; su ser todo, su presencia toda, el retrato vivo de la matrona consumada en el eterno oficio de la putería.

Una decena de mujeres, entre los dieciocho y los veinte años, inauguraron la casa aquella noche de viernes; risueñas y complacientes, haciendo sala desde entonces cumplidamente en el horario dispuesto de lunes a sábado. Un par de hombrones silenciosos y trasnochadores vigilando con celo la entrada bajo la luz parpadeante del gran aviso y un marica flacuchento en camiseta de franela y *blue jeans* apretados, que se encargaba de recoger las colillas quemadas y las botellas vacías, cambiar los manteles de las mesas y conservar, con enfermiza labor, el aseo de los baños y las habitaciones. El *barman*, que se ocupaba sin afanes de la mezcolanza secreta de sus cocteles, despachaba las tandas reiteradas de los bebedores y hacía las veces de discómano, cuidando que la rocola no se silenciara un solo segundo durante toda la jornada. Un hombre de baja estatura, casi un enano, obeso y nervioso paseándose inquieto por el salón, los corredores, la pista de baile y los cuartos como un director de orquesta manoseando siempre una baraja, se desempeñaba en el oficio de administrador y amante permanente de La Dueña de la Casa.

Las muchachas habían sido reclutadas personalmente por la vieja matrona en un periplo urgente que le llevó treinta días con sus noches, previos a aquel viernes inaugural de agosto. A todas les prometió tres comidas diarias, porcentaje de comisión por cliente y por tragos, techo permanente y domingo de descanso,